

QUEVEDO Y EL AMOR

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

(Francisco de Quevedo y Villegas)

La última línea del redondo soneto de Quevedo, «Amor constante más allá de la muerte», expresa la intensidad del amor que trasciende los linderos de la vida. El cantar popular recoge, con frecuencia, los ecos enmudecidos de los amantes a través de fronteras que parecían infranqueables. No otros son los decires de la copla «en mis huesos hallarás señas de haberte querido». La voz, desde el fondo de la tumba, le pide al guardián que no permita llorar a la amada, que la haga salir y el cementerio cierre. Es tal la ternura del amor, que hace florecer hasta la misma madera del ataúd. Subsiste aunque se nuble el sol eternamente, aunque se rompa el eje de la tierra, aunque se seque en un instante el mar, según los conocidos versos de Bécquer.

Esto tiene que ver con la trasmutación de las almas, con la reencarnación de los seres de que se han ocupado las religiones cantadas por los poetas románticos en todos los idiomas y en todos los siglos. Es la fe en la existencia de una vida posterior y superior, la que impulsa a los ascetas y a los mártires a exigencias tan rigurosas como

la oración, la abstinencia y el sacrificio. El morir por no morir de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Todos los místicos clásicos han recorrido ese camino como un andar expresivo que revela el esfuerzo trasmisor de pasiones entre las almas románticas.

Después de que todo desaparezca, seguirá, sin embargo, viviendo aquello que encendió e incendió la mente y el corazón: el amor, como si tratara de un germen indestructible que vive en el aire, en el polvo y hasta en la no-materia.

¿Qué es ese *élan* que habita en el corazón pero también en las venas, en la médula, en los ojos, en las manos de los seres, ya que todos estos órganos transmiten evidencias del sentimiento, como lo dice el soneto de Quevedo? ¿Acaso no hablan los ojos más expresivamente que las palabras? ¿Por qué, entonces, no ha de amar el polvo de los huesos si éstos están impregnados de la sustancia del amor?

Aparte del concepto meramente romántico, entrando ya en el terreno de la hipótesis que la ciencia explora y va rastreando, las cenizas dan razón de las edades, el humus reconstruye fragmentos de la vida pasada, que el hombre se afana en revelar. ¿No estarán flotando en el éter las voces de los seres queridos, esperando que alguien las recoja? ¿No es el recuerdo el que da el impulso al porvenir? ¿No vivimos del pasado? («cualquier tiempo pasado fue mejor»). ¿Por qué, entonces, no ha de transmitirse el amor al polvo en que se convierte el ser, si venimos del polvo y vamos hacia él, según el Génesis?

No ha existido, en nuestro concepto, poeta más excelso en transmitir tan bella y hondamente el mensaje del amor como don Francisco de Quevedo y Villegas.

Quevedo y el amor. Diario *La Industria* de Trujillo. 27/09/87